

Generación Dj (di yei)¹

Catalina Martín

Actriz



En la Escuela, esa entrega total, integra de enfrentarse al trabajo, me dejó una cicatriz de las buenas. Involucrarse por completo, exponiéndose en lo fuerte y en lo débil, esa era la premisa de cada nuevo proceso teatral. Sin embargo, cuando éste llegaba a su fin, sobrevenía la sensación de un viaje invisible, engarzado en todos los rincones que puede llegar a tener la memoria. Guardábamos los objetos, las palabras y la sala desierta nos hacía dudar de aquello que existió.

Así se iba develando la cara efímera del oficio, que nada demora en volverse cruel, como, por ejemplo, cuando el paso por la universidad se acercaba a su fin y se ansiaba tener certezas. Se mira hacia atrás y sólo se ven recuerdos. Surgen las inquietudes, las preguntas, ¿en dónde residen las horas que pasaron durante cuatro años?

Pero todas las preguntas, en la teoría ya no sirven para nada, porque se nos mostró el Teatro para responderlas.

Es el momento del Final de Partida.

Una meta ilusoria.

Una pequeña detención, observar a mi alrededor y seguir.

Mi generación egresó el 2001. Y recuerdo ese día de septiembre de ese mismo año, que en el camino entre la cancha y la sala, nos detuvimos curiosos a ver por qué un tumulto tapaba el kiosco del patio. Estábamos ensayando la obra *Las reinas* y más tarde, de vuelta a la sala,

sentadas, en silencio, en un camarín que parecía de luto, las imágenes de fuego y caídas libres, de humo y espanto, a todo color televisadas, nos daban la razón. El tema de la obra hablaba de un mundo agonizante por la corrupción y la perversión de las ambiciones.

El nuevo siglo se desborda y muy pocos están dispuestos a contenerlo. Y ahí, en medio, estamos nosotros, los jóvenes artistas, más conscientes que



Generación 1998 Escuela de Teatro UC con Adel Hakim, director de su egreso, 2001.

1. Palabras de Catalina Martín en el lanzamiento de la Edición Especial de Revista Apuntes N°123-124 con ocasión de la celebración de los 60 años del Teatro de la Universidad Católica, en enero de 2004.

nunca que la herramienta somos nosotros mismos. Y que miramos atónitos los nuevos intereses de nuestra sociedad: Tecnologizada, Individualista, Desencontrada, Bélica, Incrédula, Desenraizada, Clasista, Estresada, Contaminada, Corrupta, Vanidosa, Mediatizada, Superficial, Sectaria, sin Amor. Pero lúcida, eso sí, lúcida y con muchas y posibles herramientas.

Y esa noción, esperanzadora, de las múltiples herramientas que somos capaces de utilizar, es lo que más agradezco del paso por esta Escuela de Teatro. Ese real sentimiento, esencia de la palabra Universidad, de contenerlo todo. La capacidad intelectual, emotiva, física; la reflexión, la memoria, la historia oficial y clandestina. En definitiva, la concepción del Teatro como un gran árbol que se bifurca en muchas ramas que lo hacen más frondoso. Aquí se complementa la Actuación con la Dramaturgia, la Danza, la Filosofía, el Canto, la Sociología, la Psicología y tantas otras disciplinas cuyo conocimiento nos deja más preparados para trabajar. Y que cuando están fusionadas en un trabajo práctico teatral, nos podemos dar cuenta que en el fondo no existe un método único sino que sólo con la unión de los diversos elementos es posible dar origen a procesos mágicos, casi invisibles, en los que no se sabe en qué minuto exacto las cosas comienzan a aparecer.

Y esa pluralidad le hace bien al Teatro. Porque éste es un terreno ritual en donde el drama humano es visto claramente en toda su comicidad y su tragedia, política y visceral, actual y asombrosamente metafísica. Un arte que se hace y que también se piensa. Y se experimenta. Sobre todo hoy en día.

Actualmente, existen nuevos y diversos modos de expresarse: dramaturgia fragmentada, por cuadros, discursiva, teatro sin personajes, sin espacio ni tiempo definidos, espectáculos de una hora o de veintisiete, producciones con tecnología de punta. Mientras algunos discuten sobre la validez actual del relato realista, creo que esta era post-moderna, lejos de querer anular lo anterior, nos invita a hacer, más aun, a probar. La idea de romper con lo que hay se ve ingenua. Porque si en los 70 y 80 se alzaba valiente el discurso contestatario, en los 90 y sobre todo ahora, pasado el 2000, el nuevo horizonte garantiza comunicación y expresión, libertad de ser, de decir, de pensar, de opinar, de crear, alimentado sin duda por los increíbles adelantos tecnológicos que nos tientan a inventar nuevos formatos teatrales.

Y la clave creativa se parece más a la palabra *reunir* que, repito, a la palabra *romper*. Invita a observar. A aceptar, porque hay para todos los gustos, porque el mundo ha cambiado muy rápido y porque las tres o hasta cuatro generaciones que hoy conviven distan demasiado en sus ideas acerca de la vida.

Y si definiera cómo me siento, o más bien, cómo siento a los jóvenes artistas en el mundo de hoy, diría que somos de una *generación DJ (di yei)*, o sea, que todo lo escucha, todo lo acepta y que luego mezcla, rearma, siempre en busca de una versión propia, con mucha identidad. Que arremete con aires del pasado pero con una mirada presente, casi del instante.

Afortunadamente, la Escuela de la PUC ha ido acorde a los cambios de época y ha crecido ese interés por ampliar el espectro expresivo del tea-

tro, fomentando la experimentación y abriendo las puertas a las influencias de creadores extranjeros, como ha ocurrido satisfactoriamente en los últimos años.

De esa forma, más que un aprendizaje acotado por un método, los nuevos actores egresados desarrollan un arma creadora mucho más poderosa, su intuición, que además es única e irreplicable y que los acompañará para siempre.

Finalmente, mirando y repasando los instantes vividos en el Campus Oriente y al interior de la Escuela, y también los caminos posteriores de mis compañeros y el mío también, encuentro la columna vertebral de esta opción de vivir con el teatro. En el siglo XXI, en un escenario mundial dominado por los medios masivos que normalmente mienten acerca del valor real de las cosas, hacer teatro es un ACTO DE AMOR.

Y que ser un buen actor es más que ser atractivo y tener ángel. Es más, incluso, que ser histriónico o creíble sobre las tablas.

Para mí, hoy, en este siglo, en este Chile, ser un buen actor es ser además un ser humano COHERENTE. Que trabaja arriba y abajo del escenario. Que se cuestiona su rol y a través de su arte formula una opinión. Que además de demostrar su talento ha querido aprender de la mano de obra, de ser estrategia en la pega de afiches, ser astuto con la prensa, cuidadoso moviendo un foco, diplomático con los organismos privados y públicos e ingenioso en la obtención de recursos.

Y humilde, fundamentalmente humilde, para amar el arte más que a sí mismo en él. Y así, impedir que la verdad de su trabajo se marchite. ■